

"EL POBRE DE DERECHA" - Jessé Souza

El Pobre de Derecha, bajo el subtítulo La Venganza de los Bastardos, es un libro del sociólogo brasileño Jessé Souza, publicado en su idioma original en 2024, y todavía no traducido al español. ¿Por qué una parte significativa de los pobres vota masivamente en todo el mundo por candidatos como Bolsonaro o Trump? ¿Cómo fue que sucedió esto? ¿Fueron acaso las nuevas formas de manipulación de los medios digitales su causa? Estas son preguntas centrales que se repiten incesantemente en la última década para intentar explicar un fenómeno político novedoso en el mundo occidental. Por lo general, los análisis de este fenómeno de sectores populares votando a representantes políticos de la derecha radical se centran en la cuestión de los medios digitales y las redes como factores causales del fenómeno.

Pero, dice Jessé Souza, lo más importante debe ser centrarse en cuáles son las ansiedades de las clases populares a las que apuntaron esos mensajes políticos. ¿Por qué la prédica de la extrema derecha encuentra terreno fértil entre los empobrecidos? ¿Por qué razón porciones significativas de las clases populares, que no tienen nada que ganar con candidatos de derecha, solo perder especialmente desde el punto de vista económico, votan a quienes los perjudican? Hay una inclinación a considerar que se trata de una decisión irracional. Y se la considera irracional basándose en la idea de que el factor económico es el criterio más importante de la racionalidad al momento de tomar una decisión, como es el caso del voto.

Pero Souza considera que la lamentada racionalidad económica como motivo del comportamiento humano es una perspectiva incorrecta. Parafraseando la tradicional expresión política popularizada por Bill Clinton en los 90, Souza dice, no es la economía, estúpido. Las personas, dice Souza, tienen como motivación última de su acción social la dimensión moral, no la económica, como suponen el liberalismo y el marxismo.

Es decir, se trata de la lucha por el reconocimiento social que garantice la autoestima y la confianza en sí mismo. Todos somos seres frágiles y vulnerables, y existe una mirada negativa o positiva de la sociedad para con nosotros, por lo que esta necesidad de reconocimiento es más elemental que cualquier otra necesidad humana. La economía moderna inventó ecuaciones y números para crear la impresión de ser un conocimiento científico que puede reclamar neutralidad técnica.

Todo está preparado para que nos olvidemos que toda forma de producción y circulación de bienes tiene implícita su propia noción de justicia, que dice que unos lo tendrán todo y otros nada o casi. Se ha hecho todo lo posible para que la economía deje de ser mirada como economía política. Lo que pasa por ser una cuestión económica neutral es de hecho un esquema de producción y distribución de bienes de acuerdo con un principio moral.

El núcleo de todo modelo de producción y distribución tiene en sí una elección moral, quienes ganan y quienes pierden. Un modelo económico que se autotitula neutral se pretende a sí mismo como definitivo, natural, que no tiene alternativas, como la única forma económica posible, que no está dispuesta a someterse a la crítica. Como lo planteó Hegel, nuestro comportamiento está determinado por la más básica de todas las necesidades, el reconocimiento social de nuestra dignidad y singularidad.

El motivo último es siempre moral, lo sepamos o no, y esto implica que los pobres votan por los candidatos de la derecha por causas morales, no económicas. Y estas causas morales no suelen ser las que suponemos, como que los pobres se caracterizan por su conservadurismo moral o que se oponen a la actual agenda de las costumbres. Se trata de heridas morales más importantes, esencialmente de la humillación como experiencia cotidiana, que desde afuera no se logra comprender en sus efectos reales.

Por eso, la lucha por el reconocimiento que persiguen los humillados deriva en el apoyo a las derechas radicalizadas. También es común analizar la incidencia que tienen las adhesiones a iglesias conservadoras por parte de gran parte de los votantes pobres. Pero no basta con una simple cuestión de fe como explicación.

El análisis debe ir más profundamente. La pregunta en este caso debe ser ¿por qué tantos pobres buscan las opciones religiosas conservadoras y no otras? Y la respuesta nos lleva de nuevo al mismo terreno moral. ¿Debemos entonces reconstruir la causalidad social en todos sus eslabones de significado para llegar a las motivaciones reales del problema? Si no logramos acceder a esas causas, dice Yesé Sousa, no entenderemos nada.

En primer lugar, debemos entender que las causas generales que determinan el advenimiento de la extrema derecha no son nacionales. Porque su telón de fondo es el capitalismo financiero global que enriquece a unos pocos a expensas de miles de millones. Yesé Sousa elabora una teoría para establecer esas causas, la que llama el Síndrome del Joker.

La película Joker de 2019 toca un punto neurálgico de nuestro tiempo al reconstruir la figura del ciudadano empobrecido, que toma conciencia de su ira y reacciona de manera prepolítica haciendo justicia por mano propia. La figura principal, el Joker, a diferencia de lo que podemos suponer, no es una figura rara. Por el contrario, es una figura típica de nuestro mundo.

El cuadro patológico que muestra el Joker no es más que una exacerbación de una característica normal y generalizada en el mundo neoliberal del capitalismo financiero. Nuestro antihéroe es pobre, cuida de una madre enferma y es constantemente humillado en casa, en el trabajo y en la calle. Humillado por su madre, por sus colegas, por el gobierno, por los otros.

Y es humillado finalmente por la atroz soledad que le hace vivir una vida sin imaginación ni fantasía. Esto es el punto central de lo que Yesé Sousa llama el Síndrome del Joker, la experiencia de la humillación. Esto es algo que las personas que forman parte de las clases privilegiadas no sienten y por lo tanto no saben qué significa.

La elite y la clase media no tienen la experiencia cotidiana de la humillación. Los signos de los nuevos tiempos están impresos en la vida cotidiana. Malos salarios, trabajo precario, culto a los ricos, odio a los pobres, recorte del gasto social, desorientación y falta crónica de esperanza.

Cuando la realidad se vuelve insoportable, la huida a la fantasía resulta inevitable. Aún más no sea para hacer la vida mínimamente soportable. El Joker siente soledad y aislamiento extremos.

Al igual que los nuevos oprimidos que se encuentran solos e indefensos, que ya no cuentan con la protección de sindicatos o partidos políticos, instituciones que protegían a la clase obrera y que fueron arrasados por el poder neoliberal que les declaró la guerra en los 80. El tipo de rebelión a la que esta categoría social caracterizada por el Joker está destinado es el mundo de la anarquía, de la rebelión ciega sin estrategia o propósitos definidos. La pobreza y la humillación se viven como dolores personales e intransferibles, lo cual demuestra que el Joker es la figura social más típica de este mundo, en el que la pobreza se vive como una culpa personal por las propias víctimas.

La legión de olvidados y humillados, los Jokers que crecen cada día tienen una rabia y un resentimiento contra el mundo que no pueden explicar ni dirigir, que no pueden canalizar, solo pueden vivir su humillación con culpa individual. La más perfecta dominación social no surge de la violencia y la fuerza ejercida desde arriba, sino del convencimiento de los oprimidos de su propia inferioridad y que ser pobres es su propia culpa. Jesse Sousa vuelve entonces a la pregunta central, ¿cómo es posible que los pobres voten y apoyen a los candidatos de extrema derecha que representan a las peores élites y a sus mayores enemigos? Una respuesta habitual es dudar sobre el grado de inteligencia de estos sectores empobrecidos, lo cual no es cierto.

Y otra respuesta dominante parece aludir a su perfil conservador, lo cual acerca a ciertos partidos de la derecha o a la influencia de la iglesia, pero sigue siendo una explicación incompleta. Lo que importa es establecer qué hay detrás de esas elecciones. Un problema es que los pobres y desposeídos son los que menos interpretan cómo funciona el mundo social, aunque suelen ser las mayores víctimas de todos los prejuicios creados para oprimirlos.

Para evitarlo se requieren instituciones de protección como sindicatos y partidos políticos y esencialmente una educación crítica para develar sus mecanismos sociales. Es decir, lo que falta es todo lo que hemos perdido o estamos perdiendo. Los shockers del mundo y su sufrimiento son la materia prima esencial de cualquier clase dominante.

Pero, ¿cómo se construyeron los shockers? Es decir, los trabajadores sobreexplotados, humillados y precarios. ¿Cómo se convirtió esta nueva clase en la materia prima de la extrema derecha mundial? Se trata de una revolución reaccionaria desde arriba, que aprovechó la ola de concentración de los grandes medios de comunicación en manos de poderes vinculados a las élites económicas como la financiera. Se ha generado una feudalización en la esfera de la comunicación pública que permitió que la información se volviera un insumo destinado a impedir la reflexión de la sociedad, eliminando la pluralidad de opiniones y generando un terreno fértil para la manipulación de los ciudadanos.

En este contexto de desinformación y debilitamiento del espíritu crítico, se comenzó a atacar al discurso multicultural y de defensa de las minorías, insinuando que ambos conceptos son la causa de la decadencia económica de la mayoría. Una consecuencia adicional de la crisis de los medios de comunicación es la eliminación de la separación misma entre verdad y mentira, preparando el terreno para la difusión masiva de noticias falsas hacia un público que ya no logra saber qué es real y qué no. La mentira es un arma de guerra que se utiliza no solamente contra los enemigos, sino con el objetivo de enfermar la

sociedad llevándola a un estado de guerra latente, rompiendo todos los acuerdos implícitos en los que descansa la vida social.

La disputa política se transforma en un juego de todo o nada, en donde lo único que importa es ganar. Ganar a cualquier precio. Esta tierra de nadie reinstala la barbarie como expresión de la política.

Este escenario produce una confusión total en la sociedad que resulta beneficiosa para quienes buscan un lucro incontrolado, ya que la confusión impide cualquier defensa articulada. Manipular el odio y resentimiento de los perdedores del neoliberalismo es la intención de todas las campañas de la derecha radical, sea Donald Trump, el Brexit o Bolsonaro, ocultando las causas objetivas de su empobrecimiento y marginación. Otro mecanismo utilizado por la extrema derecha es recurrir a un lenguaje de emancipación para defender el ascenso individual de las personas más capaces, justificando y legitimando la idea de meritocracia.

De este modo, nunca se menciona y siempre se oculta la verdadera razón del empobrecimiento general de las mayorías y causa del consecuente resentimiento que eso provoca. Paradójicamente, quienes más creen en la meritocracia, que dice que uno puede lograr solo con su esfuerzo individual una buena vida, son los más pobres, es decir, sus mayores víctimas. Como los pobres creen en la falacia de la meritocracia, la culpa de su fracaso social sería suya y por lo tanto, para evitar esa profunda herida narcisista en su conciencia, la alternativa que les queda es culpar a otro, si es posible a alguien más frágil que ellos mismos, ya que la propia lógica de la falacia meritocrática les impide odiar a los que se encuentran por sobre ellos en la escala social, a sus verdaderos dominadores.

De esta manera, se le invita a odiar a los más frágiles mediante un doble mecanismo. Por un lado, se genera una idealización e identificación con el más poderoso, con el opresor, que hace que las personas en estado de desprotección y debilidad por efecto de esa identificación se vean a sí mismas como fuertes y temibles. Por otro lado, se ofrece la posibilidad de atacar a los más débiles sin temor a ser moralmente señalados, compensando de esa manera el sentimiento de impotencia y resentimiento que sienten en relación con el mundo.

Los asuntos públicos han sido cuidadosamente reemplazados por agresiones personales, para lo cual las redes sociales se convierten en terreno ideal, dando rienda suelta al odio y resentimientos privados. Los medios de acceso a la conciencia individual cambian y se ubican en internet creando burbujas anónimas sin control a los fines de la manipulación política. Algunos sectores se muestran y otros se ocultan en un algoritmo sin control y las redes se convierten en un peligro inmediato para la democracia.

El clásico espacio de la interacción de la vida pública, la calle, da paso a una performance virtual de los fantasmas psíquicos y psicosociales de cada uno. La concepción de la política tal como la conocemos se ha transformado. La esfera pública se empobrece como espacio para el debate y confrontación de ideas.

El mundo privatizado de los individuos se ve expuesto a una segunda desposesión, se lo reduce a una mercancía vendible con fines de manipulación. En lugar de un espacio de interacción, encuentro e intercambio de experiencias del mundo, ahora tenemos un

solipsismo virtual que nos aprisiona en burbujas de odio. Las calles ahora pertenecen a la extrema derecha.

Jesse Sousa llama falso moralismo al espíritu que unió a la clase media y a la clase trabajadora precaria que en 2018 llevó a Jair Bolsonaro al poder. El falso moralismo es el recubrimiento del arcaico racismo racial con una fina pátina de racismo cultural. Si antiguamente la culpa radicaba en el factor racial del individuo, ahora el defecto es el factor cultural, es decir, la influencia inconsciente de la cultura en la que se nace y se forma un individuo.

Las personas que son estigmatizadas por el racismo cultural son las mismas que fueron antes discriminadas por el racismo explícito. El cambio tiene un objetivo, ocultar, moralizar y legitimar al racismo. Todo sucede como si no se tratara de racismo, por el simple hecho de no utilizar la palabra raza sustituyéndola por la palabra cultura.

Este mecanismo de ocultamiento permite una característica particular de nuestro presente, las personas se sienten liberadas para odiar a los más débiles amparados en el racismo cultural. El racismo es una categoría que, por su lógica simplista que enfrenta lo propio con lo extraño, permite eliminar todas las dudas sobre el funcionamiento social, entregando a aquellos que carecen de un mapa cognitivo claro una herramienta conceptual que le brinda solución a esta carencia. Y esa herramienta es el racismo, que les acerca a una explicación sencilla de cómo funciona la sociedad.

Y estas explicaciones simples y sencillas del complejo funcionamiento de la sociedad, como son el racismo o las teorías conspirativas, resultan irresistibles para un público sediento de autoestima y distinción social a expensas de quien sea. Los líderes de la extrema derecha destapan la alcantarilla que prohibía formas explícitas de racismo, que ahora se trasmutan en una dimensión ética. Por ejemplo, se construye la idea de un pueblo corrupto, integrado por los más pobres y excluidos, a quienes se les asignan todos los pecados amorales de la pereza y la apatía, vistiendo al racismo con un ropaje cultural pseudocientífico.

Este camino de explicación de cómo son las cosas, disfrazada de rebeldía ante lo corrupto, aglutina a todos los frustrados que culpan a la vida y a los demás de su desgracia, y proporciona emoción, simula participación política y otorga un sentido de orientación para aquellos que habían perdido el tren de la vida. Lo que busca este sentir social es un culpable externo para la sensación de fracaso de aquellos que no poseen capital económico ni cultural. Este sujeto necesita encontrar un culpable para una gran herida narcisista que es vivida como una incapacidad personal y no como una consecuencia social.

Se libera entonces una cruzada moral del bien contra el mal, lo que le da al racista una falsa justificación moral para comportarse como tal. En ese objetivo, el racismo recubierto de una pátina cultural le brinda a buena parte de la población una herramienta simple para alcanzar esa comprensión y posicionarse en un lugar moralmente superior, el de los buenos. El odio popular no se dirige contra los sectores de poder que reproducen la pobreza de la mayoría de la población.

Esa es una de las funciones de los medios de comunicación blindar cualquier referencia a los ricos y poderosos como la verdadera causa de la pobreza. Cuando se culpa a la víctima, el poder se vuelve invisible y no hay nada mejor para la reproducción de cualquier privilegio

que volverse invisible. Y cuando el camino de la indignación contra la injusticia está cerrado, el camino que queda es dirigir la ira hacia los más débiles, hacia los únicos incapaces de defenderse.

De ahí que se direcciona el odio hacia los más pobres, los inmigrantes, las mujeres, los negros, los marrones o la comunidad LGBT. Una canalización de la ira que garantiza dos cosas, la comprensión del mundo social de una manera sencilla y conveniente, y la certeza de su superioridad moral sobre los demás. El mecanismo del falso moralismo que sustituyó al racismo racial por el racismo cultural es una estrategia también aplicada a la propia dominación mundial del norte global contra el sur global.

La oposición cuerpo-espíritu que ha gobernado a occidente desde sus inicios se construye como una oposición entre la mente y el cuerpo. La inteligencia y el conocimiento, reflejando la moralidad y la estética, en oposición al cuerpo, que es percibido como el reino de la animalidad, el de las pulsiones sexuales y agresivas. Dentro de esa oposición, quien domina tiene que estar relacionado con el espíritu, la mente, la inteligencia, y quien es dominado se asocia con el cuerpo, lo humano primitivo y lo salvaje.

La vieja dicotomía decimonónica retorna, civilización o barbarie. Y sea para oponerse a sociedades, clases sociales, razas o género, siempre se utiliza la misma dicotomía moral. Y en base a esta oposición se ha impuesto la idea de que las sociedades del sur global, como las latinoamericanas, africanas o asiáticas, son endémicamente corruptas.

A diferencia del norte global en el que la corrupción se percibe como un mero problema individual, jamás sistémico. Así se ha justificado históricamente el saqueo de los países del sur global, incluidos los golpes de estado, con la idea de que se trata de sociedades poco confiables que merecen ser controladas y dominadas. Esta idea circuló por todo el mundo, surgiendo de las universidades y de los medios de comunicación, y ahora circula en las redes sociales y en los contenidos culturales, lo cual explica por qué la muerte de palestinos o inmigrantes africanos no cause mayor conmoción en los países occidentales y mucho menos en los del norte global.

Así las sociedades supuestamente más impersonales del espíritu y el intelecto serían más democráticas y moralmente superiores a las culturas corruptas del personalismo y el afecto. La supuesta mayor honestidad y moralidad atribuida a los dominadores y la ausencia de estas virtudes en los dominados asegura la reproducción de todos los privilegios injustos. Como ya hemos dicho, un mecanismo perfecto para perpetuar un estado de dominación a lo largo del tiempo es convencer al oprimido de que en realidad es inferior.

Cuando se alcanza ese estado de conciencia en los de abajo, el esquema de explotación y humillación se institucionaliza y se estabiliza. Cada vez que el pueblo elige a alguien vinculado a las agendas populares, la élite toca el bombo del falso moralismo de la corrupción y lo hace porque necesita del poder del estado para perpetuar sus beneficios. La élite debe fingir que su conmoción moral es real, pero necesita del apoyo popular a esa postura y ese rol de apoyo lo ocupa la clase media, que entra en este juego moral por su fantasía de creer que forma parte de la élite, cree pertenecer al grupo de los que dominan.

En verdad, ni la élite ni la clase media tienen ningún problema con la corrupción, siempre y cuando sea cometida por los ricos del mercado. No les preocupa la corrupción, sino

cualquier forma de inclusión popular que pueda perjudicar su reproducción como clase. Pero como la combinación élite-clase media es minoritaria en Latinoamérica, no gana elecciones.

Para lograrlo necesitan ir más abajo en la escala social y convocar a amplios sectores populares a adherir a estas ideologías construidas para hacerlos actuar en contra de sus intereses. Pero el moralismo de la clase media es diferente al moralismo de los pobres más acomodados, como los trabajadores precarizados. El falso moralismo clase mediero de la corrupción selectiva no impacta con fuerza en el sector de pobres insertados en el sistema.

En ellos aparece otra forma de moralismo, la diferencia entre pobres honestos y pobres delincuentes. Y allí radica la verdadera función de los que ocupan el último escalón de la jerarquía social. Los excluidos, los marginados, la función de ser humillados y despreciados por todos los que están encima de ellos.

Existir para ser odiados. Y el dispositivo por el cual se dispara este odio es a través de su deshumanización. Se trata otra vez de una nueva forma de simplificación con el objetivo de entender cómo funciona este mundo social, confuso y complejo, asegurando un esquema de comprensión de la vida que ayude a darle sentido al mundo, la oposición entre ellos y nosotros.

Porque tener un sentido es una necesidad ineludible para todos los seres humanos, no importa la época. Ya lo decía Max Weber, la búsqueda de un sentido a la vida es tan necesaria que en su ausencia cualquier cosa, incluso la idea más insólita, puede ser aceptada y llegar a ser verdad. Y la segunda década del siglo XXI le está dando la razón.